

Hubo un alegre abordaje: una patrulla de periodistas, redactores y fotógrafos de los cotidianos limeños, especialmente autorizada para cumplir su tarea, trepó por la escala. Y también se metieron en el *Ayala* con una fina carga de claveles los miembros de una comisión de la Peña Juvenil del Casino Español. Estos piratas perdían el pulso ante la graciosa extravagancia de aquel barco que llevaba España a España, que estaba a punto de tocar la tierra antigua y sagrada del Perú con su mensaje de amor, hermandad y entendimiento; un barco en el que se cantaban romances del XVI, canciones del XVIII, himnos del XX, y en el que podía oírse la caracola prehistórica de Ibio, el bigaro de la caza de bisontes en la montaña junto a las guitarras virreinales; el chistu milenario junto a la cobla, que es como un amplio cuarteto de música de plaza, no de cámara, pero ponderada, cortés, señorial. Los claveles bien atados con cintas de color español y de color peruano. Ya se distinguía a la multitud del muelle, ya casi se podía dialogar con los que esperaban. Entonces se armó la gran trapa-tiesta y todo era como una fogarata de canciones, de saludos, de músicas. En la espléndida tarde de la bahía del Callao resonaban los aires romeros de una España, tan lejana, tan próxima, mientras que en el muelle, por gentil correspondencia, una banda tocaba «marineras». Había danzarines típicos, trajes del Cuzco y vestimentas populares. El público coreaba las «marineras» y no faltaba quien las bailase. De este modo, España y Perú parecían haberse puesto de acuerdo para seguir aquel consejo: «Dígaselo usted con flores... y con música.»

A las cuatro de la tarde el *Monte Ayala* arribó al muelle por el costado de estribor. Cuando el embajador, Castiella, con una sonrisa emocionada en su cara vasca, subió la

pasareía, el gentío que se apelotonaba en el muelle prorrumpió en una detonante y clamorosa ovación. Tras de él, autoridades y compatriotas. Nos iban soltando noticias, muchas de las cuales ya conocíamos.

—Hay un abono a tres funciones y se agotó en seguida. En un cuarto de hora exactamente.

—La Policía tuvo que cargar esta mañana en los alrededores del teatro.

—Las cargas han sido a los cinco minutos de anunciarse otra función, fuera de abono.

—Los periódicos recomiendan calma al público porque oportunamente se anunciarán nuevas actuaciones.

La multitud no se cansaba de contemplar a las chicas, a los trajes, al barco; escuchaban nuestra música y pedían más, y claro, más se les daba. Pero con toda esta efusión no había manera de desembarcar. Los autobuses no podían acercarse a la escala, sino a costa de una escabechina. Entonces la Policía abrió un pasillo entre la gente, hasta acceder a un muelle más despejado, donde los cuatro clásicos autobuses esperaban para llevarnos a Lima.

Entrevimos el Callao. Por una carretera amplia y hermosa nos encaminamos a Lima, a catorce kilómetros. Desde el muelle hasta la plaza de San Martín nos escoltaba una impresionante cantidad de coches, todos lanzados a una alegre y algo peligrosa persecución.

La amplia plaza de San Martín estaba atiborrada de gentío. Quedamos sobrecogidos por la magnitud de la recepción. Junto a las autoridades y representaciones, abrían la marcha Mercedes, Vicky, París, Elvira, Aurita, Pilar y «Musiquita». Detrás marchaban los grupos, compactos, vistosos, tan diversos, con las músicas a pleno rendimiento. Se había hecho de noche. Se apretaban los